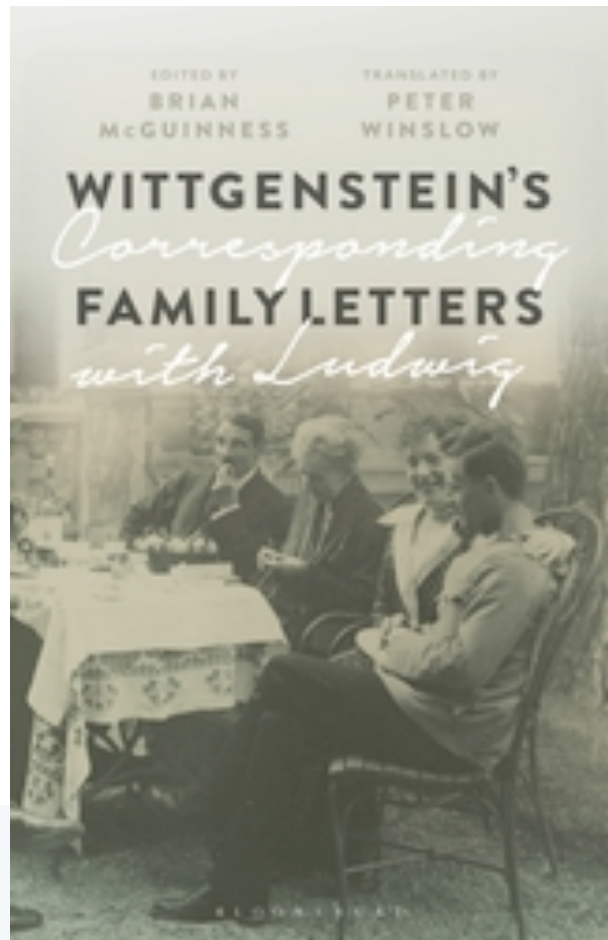


Wittgenstein's Family Letters. Corresponding with Ludwig. Edited by Brian McGuinness and translated by Peter Winslow (Great Britain: Bloomsbury Academic, 2019), 295 pags. por **Alejandro Tomasini Bassols**
<altoba52@gmail.com>

La verdad es que no podemos más que recibir con inmenso agradecimiento esta colección de cartas entre Ludwig Wittgenstein y sus hermanas y hermano tan cuidadosamente editada por Brian McGuinness. Se trata de un libro que, sin quizá haber estado plenamente conscientes de ello, estábamos de todos modos esperando desde hacía ya mucho tiempo. La lectura de este libro, debo decirlo, tiene (como argumentaré) resultados inesperados en el lector, dependiendo claro está de cuán cercano se sea a la vida y obra del gran pensador vienés (naturalizado inglés, por razones circunstanciales). El libro tiene dos componentes. Están por una parte las cartas entre Ludwig y, sobre todo, sus hermanas Hermine y Gretl (hay también unas cuantas de Helene) y su hermano, Paul, el famoso pianista de la mano izquierda y, por la otra, los textos introductorios escritos por McGuinness para cada una de las secciones del libro. La correspondencia entre los Wittgenstein se divide en los siguientes periodos:



- a) Tres cartas de 1908
- b) La Gran Guerra (agosto 1914-abril 1918).
- c) Cautividad (noviembre 1918-septiembre 1919)
- d) Los años de la escuela primaria
- e) Un *intermezzo* vienés: ¿una carta de finales de 1928?)
- f) Cambridge (enero de 1929-febrero de 1938)
- g) La Segunda Guerra Mundial (marzo de 1938-mayo de 1945)
- h) Las últimas tres cartas de Ludwig: enero de 1946-abril de 1951)

El libro viene además enriquecido con 48 ilustraciones, casi todas bien conocidas pero muy útiles para visualizar mejor los contenidos de las cartas.

Quizá debamos recordar que este es el segundo volumen de cartas de Wittgenstein editado por McGuinness. El primero es el espléndido libro *Wittgenstein in Cambridge. Letters and Documents 1911-1951*, el cual sin embargo sólo recoge la faceta profesional de Wittgenstein, si bien en muchas de sus cartas él indirectamente se da a conocer como persona. En el nuevo libro, en cambio, todo lo que es reflexión filosófica está prácticamente excluido, pero a cambio de ello la correspondencia nos permite tener algo más que un mero *aperçu* de quién era Ludwig Wittgenstein como persona, como miembro de una familia. Y lo maravilloso de esta nueva colección de cartas es que a través de ella podemos acercarnos a Wittgenstein, por así decirlo, “desde dentro” y lo que descubrimos es a un ser que nos era casi enteramente desconocido! A través de estas cartas es Ludwig como persona, no Wittgenstein el filósofo, quien se manifiesta y da a conocer, quien tanto es retratado como se auto-retrata y el cuadro que emerge es sorprendente por más de una razón. La pregunta que por lo pronto ahora tenemos que plantearnos es: ¿cómo era Ludwig Wittgenstein **fuera** de Cambridge, por no decir “fuera de Inglaterra”? Y la respuesta, como dije, nos deja boquiabiertos. Veamos por qué.



Lo que esta colección de cartas nos permite descubrir es a un hombre de trato altamente civilizado, afectuoso, muy querido y respetado por sus hermanas sobre todo, interesado en las reuniones familiares, en los chismes de familia, en las distintas clases de diversiones y actividades organizadas por las hermanas, estrechamente vinculado a su familia no sólo por lazos de sangre sino por también por la música, una persona con un gran sentido del humor y que escuchaba y contaba chistes, alguien que junto con su hermano tenía su colección de absurdos (extraídos básicamente de la prensa). Un buen ejemplo de ello es la santificación de Einstein, quien es presentado como un santo en el pórtico de una iglesia! ¿Habría algo más absurdo que eso?). No hay una sola carta de Paul, por ejemplo, que no aluda a partituras, a veladas y conciertos caseros, a encuentros con grandes músicos, etc. Pero queda claro también que Ludwig evolucionó de un modo singular pues, pudiendo no hacerlo, optó por abandonar el mundo del bienestar económico y de alto rango social al que pertenecía para construir su propio universo, un universo de seriedad, de arte, de moralidad, de religiosidad, no claro está en el sentido estrecho de ser adepto de tal o cual religión establecida y cumplir con tales o cuales ritos. Encontramos en él un potente elemento de cristianismo primitivo que hace sentir un profundo respeto por su persona y es su rechazo (hasta donde era humanamente posible hacerlo) de todo aquello a lo que se accede sólo porque se tiene dinero, sólo porque se es un super-rico. En esto ciertamente Ludwig era diferente de sus hermanos. Es imposible determinar si su cambio se explica sólo por su participación en la Gran Guerra y por la extraordinaria valentía que mostró y que lo hizo acreedor a varias medallas y por lo que vivió durante esos 4 años, pero en todo caso fue durante la Primera Guerra que él tuvo su conversión al cristianismo de corte tolstoyano, lo cual lo llevó, al regresar a la casa de la familia en Viena, al palacio Wittgenstein, a desprenderse de inmediato de su fortuna. El gesto habla por sí solo, pero vale la pena notar que inclusive en la toma de decisiones tan importantes en la

vida de una persona como la de desprenderse de todo lo que se tiene para quedarse exclusivamente con lo que se es, la racionalidad se hace sentir. Así, nos enteramos de que al repartir su herencia entre sus hermanos Wittgenstein excluyó a su querida hermana Margarete, pero no por incompatibilidades personales sino simplemente por el hecho de que ella tenía la nacionalidad americana y estaba por lo tanto a salvo, en tanto que sus otros hermanos eran todos austríacos y estaban por lo tanto más expuestos a represalias por parte de los vencedores.

Es muy interesante constatar algo que lo enaltece todavía más y que vuelve su labor como filósofo todavía más admirable y es su relación con Margarita Respinger, una amiga de sus hermanas a quien conoció en la casa que él construyó en Viena (una casa de fantasía realmente. A este respecto, véase el magnífico libro *The Wittgenstein House*, de Bernhard Leitner). Wittgenstein hubiera querido casarse con ella, compartir con ella su vida, quizá tener descendencia, etc. El problema es que su misión en la filosofía se lo impedía y él supo renunciar a (como diría el poeta) “las sirenas del mundo” para aportar a la gente de su profesión su sabiduría. Yo creo que con estas cartas y algunos otros documentos con los que se cuenta, como ciertos diarios secretos ahora publicados, podemos por fin ponerle un punto final a las calumnias concernientes a su supuesta ambigüedad sexual. Renunciar a Margarita sin duda fue una experiencia dolorosa pero, por así decirlo, los dados ya estaban echados. De manera que cuando algunos años después ella en algún momento regresó de Chile y surgió la posibilidad de que se vieran, Wittgenstein le dejó en claro que si ella era “una dama” no podrían encontrarse. Y no se vieron. Los atractivos comunes del mundo ya claramente no eran los de Ludwig.

Algo por lo que este libro es históricamente interesante en grado sumo es que echa por tierra, o por lo menos modifica drásticamente, el cuadro que se nos había pintado de ese gran pensador que fue Wittgenstein en lo que concierne a su personalidad. El cuadro estándar quedó plasmado en la muy exitosa pero igualmente tendenciosa biografía de R. Monk, *Wittgenstein. El deber del genio*. En ésta el Wittgenstein que se nos pinta es básicamente el de un genio semi-loco, aspirante a anacoreta, un sujeto que rara vez se reía, permanentemente malhumorado, de mirada que se pierde en el infinito, esencialmente a-político, etc. Lo más que podemos decir es que esa en todo caso es la imagen que los británicos se llevaron de

él o, en el peor de los casos, tal como él se sentía forzado a ser en un ámbito humanamente tan inhospitalario como lo era la gloriosa universidad de Cambridge de aquellos tiempos (recuérdese, por ejemplo, que en alguna ocasión se le prohibió entrar a cenar al comedor del “college” por no ir con la vestimenta apropiada. Wittgenstein nunca regresó al “dinning hall”). Es bien sabido que apenas terminaban las clases Wittgenstein desaparecía y no regresaba sino hasta el siguiente trimestre o al periodo de clases que le correspondía. Pero el punto es que a final de cuentas Wittgenstein en el fondo fue siempre un incomprendido y un inadaptado en Inglaterra. La imagen que los *scholars* ingleses se formaron de Wittgenstein e impusieron como la verídica es, pues, esencialmente **falsa**. Y esto me lleva a otro punto de interés histórico-filológico de importancia no desdeñable.

Si efectivamente la imagen global que se nos ha vendido de Wittgenstein es en alguna medida falsa, es altamente probable que la explicación de su regreso a Cambridge también lo sea. Por una cierta concatenación de malas razones, lo cierto es que en la visión estándar de Wittgenstein éste regresó a Cambridge para discutir con Ramsey y, quizá, con Moore. Nada más alejado de la verdad que esa lectura de los hechos. Durante su primera estancia en Cambridge, Wittgenstein trabajó, primero como alumno y luego como colega, con Bertrand Russell, a quien sin duda alguna impactó, pero quien era él mismo una personalidad de alto nivel, en todos los sentidos de la expresión. Lo primero que hizo Wittgenstein al salir de su cautiverio, en Monte Cassino, y después de pasar unos días en la casa familiar en Viena, fue viajar a La Haya para encontrarse con Russell y explicarle a él su *Tractatus*. A su regreso a Cambridge, a quien Wittgenstein le enseñó sus escritos (concretamente, por ejemplo, lo que después aparecería publicado como *Observaciones Filosóficas*) y a quien buscó durante su primer año para discutir filosofía fue a Russell, quien además estuvo en su examen de doctorado. Como muy pronto pudo él volver a constatarlo, Russell era una personalidad absolutamente independiente y Wittgenstein muy rápidamente entendió que la antigua cooperación entre ellos ya no se iba a poder dar. Sin embargo, Russell siguió fungiendo como su guía en filosofía, si bien en este caso como un guía negativo, porque lo que Wittgenstein empezó a hacer fue básicamente filosofía anti-russelliana y a combatir prácticamente todo lo que Russell sostenía (en filosofía de las matemáticas, en filosofía de la mente, en teoría del

conocimiento, etc.). Fue en contraposición a Russell que Wittgenstein empezó a desarrollar sus propios puntos de vista y su nueva forma de entender y practicar la filosofía. Hasta sus últimos encuentros, hacia finales de los años 40, las veces que se vieron Russell y Wittgenstein fueron choques cargados de emoción y de animadversión pero, al mismo tiempo, de mutua admiración y reconocimiento. Todo ello está plenamente acreditado por diversos estudiosos. (Véase mi artículo “Bertrand Russell y Ludwig Wittgenstein: una relación incomprendida” en *Cuadernos Filosóficos*, Segunda Época, Nº IX, 2012, Universidad Nacional de Rosario, Argentina). Los filósofos ingleses, sin embargo, se fijaron básicamente en el aspecto de rechazo de la filosofía russelliana por parte de Wittgenstein y a partir de ello interpretaron el todo de la estancia de Wittgenstein en Cambridge. Eso los llevó a pintar un cuadro completamente falseado de la relación entre esos dos grandes filósofos. La única vez en la que una de sus hermanas menciona a Russell en sus cartas lo describe como “tu amigo Russell”. Eso es suficientemente elocuente en sí mismo. Dicho sea de paso, yo creo que dejando de lado alumnos, como F. Skinner, el gran amigo inglés de Wittgenstein, quien lo ayudó en más de una ocasión y en relación con temas delicados (su viaje a la URSS, su nacionalización como ciudadano británico) fue sin duda alguna el célebre economista, John Maynard Keynes. Fue a él a quien visitó en su viaje a Inglaterra en 1925.

Se desprende de la lectura de las cartas que Wittgenstein realmente disfrutaba la relación con sus hermanas, pero ello no obstaba para que él les pusiera un “Hasta aquí!” cuando la intrusión de ellas en su vida privada chocaba frontalmente con sus principios morales más básicos. Cuando Ludwig se va a dar clases a una escuela rural, en un pueblito llamado ‘Trattenbach’, Wittgenstein oculta su origen. Ello era perfectamente comprensible: él no quería impresionar a gente humilde y viviendo en situaciones precarias mostrándose como alguien que proviene de una familia opulenta, influyente, etc. Su hermana, por otra parte, insiste en ir a verlo, con lo cual su origen quedaría automáticamente al descubierto, puesto que llegaría con chofer, ayudantes, acompañantes y demás. Y entonces sin mayores contemplaciones, Wittgenstein le ordena a su hermana que lo deje en paz. Vale la pena citar un fragmento de la carta del 24 de enero de 1921. Escribe Ludwig:

Querida Mining!

(...). Tu carta de hecho me resulta totalmente incomprensible. (...).

(...). ¿Cómo podrías no haber sabido tú que yo hablaba en serio cuando te pedí que por ahora no me visitaras? (...). Pero veo por tu carta que, bajo ciertas circunstancias, bajo cierta presión, tú me visitarías inclusive en contra de mis deseos. Eso desde luego es enteramente incomprensible. No que tú hicieras algo en contra de mis deseos, sino que un ser humano pueda visitar a otro ser humano en contra de sus deseos. A mis ojos una visita así sería la desconsideración más crasa que uno pueda concebir, un signo de una ausencia de respeto que todo ser humano le debe a otro. En nuestra familia, dicha ausencia no sería nada nuevo para mí, dados los numerosos casos en los que uno de nosotros ha tiranizado amorosamente a otro. Pero espero que me creas que tengo lo que se requiere para resistir dicha tiranía; en mi caso, ésta llegaría a la dirección equivocada.

Wittgenstein estaba decidido a hacerse valer en el mundo y a darse a conocer por sus propios méritos y deméritos. Eso era parte de su profunda transformación espiritual y es comprensible que no estuviera dispuesto a arriesgarla, ni siquiera por el capricho de querida hermana.

A pesar de que los estudios introductorios de McGuinness, breves pero formidablemente bien articulados y muy ricos de contenido, son realmente estupendos (no podíamos esperar menos de alguien que le ha dedicado los últimos 60 años de su vida al estudio de la vida y obra de Wittgenstein), hay un par de lagunas que nos habría encantado que no se produjeran. La primera tiene que ver con la cantidad de cartas: las cartas ahora publicadas ¿son **todas** o, por las razones que sean y que en todo caso se debería proporcionar, se omitieron algunas? Y, segundo, hubiera sido tan útil como interesante que McGuinness hubiera proporcionado alguna información concerniente a las razones por las cuales el palacio Wittgenstein, centro de la vida familiar, fue destruido **después** de terminada la guerra. Hubiera sido interesante enterarse aunque fuera de las razones por las cuales oficialmente que no se puede obtener información al respecto. Desafortunadamente, en sus estudios introductorios McGuinness guarda absoluto silencio en torno a un tema que a final de cuentas es importante para entender la evolución de la familia Wittgenstein.

Esta colección de cartas, aunada a los estudios introductorios de McGuinness, cuenta la historia de una gran caída, la caída de una gran familia. La familia Wittgenstein, a raíz de importantes acontecimientos mundiales (la gran crisis de 1929, la anexión de Austria, etc.), se fue poco a poco dividiendo y desmoronando. Paul se separó de la familia y se fue a radicar a Nueva York, Mining murió de cáncer en 1950 y Ludwig, quien después de haber pertenecido a las más altas esferas sociales no tenía al final de su vida ni dónde morir, el 29 de abril de 1951. Por la saga contada a través de cartas, este libro sólo puede ser recibido con aplausos y con agradecimiento. Sin duda alguna es gracias en gran medida al trabajo de B. F. McGuinness que tenemos por fin un perfil más fiel a los hechos y más completo de ese extraordinario ser humano que fue Ludwig Wittgenstein.

